



AMBIENTALISMOS DE LA VIDA COTIDIANA: POLÍTICAS DE COALICIÓN, REPRODUCCIÓN SOCIAL Y JUSTICIA AMBIENTAL¹

LIVING ENVIRONMENTALISMS: COALITION POLITICS, SOCIAL
REPRODUCTION AND ENVIRONMENTAL JUSTICE

Giovanna Di Chiro

Swarthmore College

gdichir2@swarthmore.edu

Resumen

Este artículo examina la política de coalición intersectorial forjada por activistas en organizaciones estadounidenses de justicia ambiental y de derechos de las mujeres. Esta política de coalición articula preocupaciones ecologistas y feministas y rechaza las limitaciones de políticas con enfoques estrechos en favor de una visión de cambio social y ambiental más estratégica y relacional. Formulada desde el concepto marxista-feminista de “reproducción social”, el análisis aborda las maneras complejas en que el capitalismo globalizado ha transformado las responsabilidades corporativas y del estado para la reproducción social. Las políticas neoliberales de privatización y desregulación han erosionado la garantía de un salario digno, seguro de salud asequible, decente educación, aire respirable y agua limpia. Basado en varios ejemplos de movimientos de base y organizaciones comunitarias, el ensayo discute cómo diversas mujeres activistas conectan conceptualmente la justicia ambiental y los problemas sobre derechos reproductivos con las luchas de sus comunidades, para así sostener la vida cotidiana (o para lograr la “reproducción social”). La innovadora política de coalición de organizaciones como las Comunidades Asiáticas por Justicia Reproductiva y la Coalición de Justicia Ambiental y Cambio Climático está generando dinámicos “ambientalismos” con suficiente visión política y “sensatez” comunal para construir una amplia colaboración social-ambiental que tenga la oportunidad de



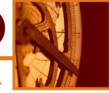
atraer a gente a tomar acciones más fuertes para frenar problemas tan grandes como el calentamiento global.

Abstract

This paper examines the intersectional, coalition politics forged by activists in US environmental justice and women's rights organisations. This coalitional politics articulates environmental and feminist concerns and rejects the limitations of a narrow-focused politics in favour of a more strategic, relational vision of social and environmental change. Framed by the Marxist-feminist concept of “social reproduction”, the analysis addresses the complex ways that globalised capitalism has transformed state and corporate responsibilities for social reproduction. The neoliberal policies of privatisation and deregulation have eroded the assurance of a liveable wage, affordable healthcare, decent education, breathable air, and clean water. Drawing on several examples from grassroots movements and community-based organisations, the essay discusses how diverse women activists conceptually link environmental justice and reproductive rights issues in their communities' struggles to sustain everyday life (or, to accomplish “social reproduction”). The innovative coalition politics of organisations such as Asian Communities for Reproductive Justice and the Environmental Justice and Climate Change Coalition are generating dynamic “living environmentalisms” with enough political vision and community “groundedness” to build broadly-based social–environmental collaborations that stand a chance at compelling people to take stronger action to curb problems as big as global warming.

Palabras clave: reproducción social, justicia ambiental, cambio climático, políticas de coalición

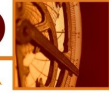
Key words: social reproduction, environmental justice, climate change, coalition politics



Introducción

En Estados Unidos han habido últimamente algunas discusiones en torno a la supuesta “muerte” del ambientalismo. Ya sea vista como una crítica oportuna de un movimiento moribundo y fuera de contacto del movimiento ambientalista, o como el comentario gratuito de un par de *muertos vivos* aparentemente inconscientes de las décadas de activismo ambiental de gente de color y tercermundistas, la publicación de Nordhaus y Shellenberger (2007) proclamando la muerte de ambientalismo ha generado una gran controversia.² Como los jinetes del Apocalipsis, los pronosticadores de la “muerte” mantienen que, a pesar de los importantes avances logrados por el movimiento ambientalista estadounidense, éste ha fallado en su objetivo de crear un movimiento exitoso que inspiraría un amplio apoyo popular o que juntaría suficiente poder político para efectivamente confrontar las crisis ecológicas del planeta, especialmente aquellas grandes, como el cambio climático global. Una evaluación similarmente pesimista sobre el estado del medio ambiente, y una crítica implícita de la vitalidad política del movimiento ambiental fueron iniciadas a principios del 2005 con el lanzamiento de la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de las Naciones Unidas, un estudio de cinco años compilado por un panel internacional de científicos, el cual advirtió que si los niveles actuales de explotación de recursos y producción de basura siguen sin disminuir, los ecosistemas del mundo no soportarán vida en la tierra o sostendrán las futuras generaciones de humanos u otras especies.³ El mensaje general de estas destacadas voces ecologistas es que la batalla para proteger el medio ambiente está siendo perdida.

El lenguaje invocando “ganancias inadecuadas” y “terreno perdido” también resurge en evaluaciones críticas de los resultados de lo que es generalmente considerado un movimiento social *separado* –el movimiento internacional de mujeres– en términos de su éxito en mejorar el estatus y bienestar de mujeres alrededor del mundo. Por ejemplo, los cientos de delegados que asistieron a “Beijing+10” –la junta de la comisión sobre el Estatus de Mujeres de las Naciones Unidas que se reunió en 2005 para evaluar los avances en los derechos de las mujeres en los diez años desde la



innovadora conferencia de la ONU sobre Mujeres en Beijing– concluyeron que la condición de mujeres alrededor del mundo está empeorando, como se demuestra en prácticamente todos los indicadores: el deterioro de salud, incremento de violencia, menor acceso a educación, trabajos dignos y derechos civiles, y el aumento mundial en los niveles de pobreza. Un problema clave que ascendió a la cima de la agenda de Beijing+10, y uno que los delegados aseguraron que continuaría limitando la equidad, el estatus y el avance de las mujeres en todo el mundo, fue la salud reproductiva y los derechos para la libertad sexual de la mujer.⁴ Destacadas analistas feministas que hablaron en la 20^o Conferencia Internacional Anual sobre la Libertad Reproductiva en el 2006 advirtieron que “no estamos ganando, estamos perdiendo, y si más gente no apoya los derechos reproductivos en este país e internacionalmente, el derecho a decidir, en su sentido más amplio, será una promesa vacía para miles de mujeres pobres y de bajos recursos”.⁵

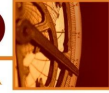
Activistas del movimiento ecologista y del movimiento de mujeres han batallado con cómo representar la urgencia de su mensaje a un público más amplio y se han sentido desanimados por lo que parece ser una disminución del interés y la participación en estos movimientos. En este artículo voy a discutir que podemos mirar las innovadoras políticas intersectoriales que están siendo creadas por varias organizaciones de justicia ambiental y de derechos de la mujer para encontrar evidencia de que la conciencia y la acción “ecológica” están muy vivas, y que la preocupación por la libertad “reproductiva” se extiende mucho más allá de lo que se ha considerado su terreno político habitual. Examino unos avances prometedores en los análisis de mujeres activistas que conectan preocupaciones ambientales y feministas, y rechazan las limitaciones de políticas restringidas en favor de una visión de cambio ambiental más estratégico y relacional. Exploro las *políticas de articulación* (Hall, 1986; Haraway, 1992) generadas por activistas de la justicia ambiental y social que identifican las importantes intersecciones entre problemas “reproductivos” y “ambientales”, cuestionando así las distinciones categóricas puestas por las sociedades occidentales entre los seres humanos y la naturaleza, y los binarios normativos que dividen las distintas esferas de



producción y reproducción. Tales articulaciones político-ecológicas identifican y abordan pautas de reproducción social. Éstas también tratan de enfrentar las amenazas a tales relaciones asociadas con el surgimiento del neoliberalismo: la privatización, la mercantilización y el incremento de la desregulación de todo aquello relacionado con el bienestar social, incluyendo la garantía de salario digno, seguro de salud, educación, aire respirable y agua limpia. Adoptando la posición sostenida por muchas ecofeministas acerca de que todos los problemas ambientales son problemas reproductivos (Merchant, 1996; Mies y Shiva, 1993; Silliman y King, 1999), examino los ejemplos de las coaliciones político-conceptuales y las articulaciones formuladas por mujeres activistas que hacen claros los peligros sociales y ambientales inherentes en la incesante subordinación de la reproducción a la producción en el hipercapitalismo (Colker, 1998). La lucha por la reproducción social es el terreno común que une los diversos y auténticos movimientos sociales de pro-vida que vigorosamente participan en luchas de vida-y-muerte por la justicia ambiental y la libertad reproductiva.

Alianzas In(tóxica)ntes: reformulando el terreno común, moviéndose hacia una política de coalición

Según los “eco-funerarios” (Blain *et al*, 2005), quienes proclaman la muerte del ambientalismo, el mayor fracaso del movimiento ambiental ha sido su compromiso con una práctica intolerante y objetivista de *trabajo limitado* (Gieryn, 1999; Jasanoff, 2005) empeñada en demarcar los límites en las definiciones sobre qué es lo que cuenta como *el ambiente*, la entidad de la que el movimiento ha hecho su trabajo proteger y conservar. En su ensayo, Nordhaus y Shellenberger (2007) presentan una convincente instancia sobre los peligros de un *ambientalismo delimitado* (Gottlieb, 2001) que separa los problemas ambientales de los sociales. Ellos repasan la historia de la industria automotriz estadounidense y la fatal decisión tomada en los ‘80 por el sindicato de trabajadores automotrices al unir sus ganancias al nicho de mercado de los vehículos utilitarios que devoran gasolina, destruyen el paisaje, y contaminan,



mientras que los ambientalistas fueron detrás de la eficiencia de combustible y el calentamiento global; sin que ninguno de los grupos reconociera la necesidad o potencial de arreglar una alianza donde los dos ganarían (Bradsher, 2002). La incapacidad de los grupos ambientalistas de salir de sus rígidas categorías ambientales (al, por ejemplo, rechazar la identificación de un plan nacional de seguro de salud como un problema *ambiental*, una política pública que desencadenaría que las empresas de automóviles se liberen de pagar los crecientes costos de seguros de salud y, en su lugar, inviertan en la fabricación de automóviles de uso eficiente de combustible) culminó en una pérdida de oportunidad para los ambientalistas de unirse con el sector de trabajo y atraer a las corporaciones a una alianza de beneficio mutuo, combinando las metas de racionalidad ambiental y seguridad económica.

Al definir lo que se considera como un problema ambiental y lo que impulsa a la creación de ciertas alianzas e impide otras, el movimiento ambiental ha tirado piedras sobre su propio tejado al adoptar definiciones fronterizas que ubican diferentes problemas como dentro o fuera de un *marco* ambiental. Los mecanismos conceptuales-ideológicos de exclusión e inclusión, que establecen una clara distinción entre problemas que son definidos como *sociales* (trabajo, vivienda, transporte, salud pública, desigualdad racial y sexual, pobreza, libertad reproductiva) y aquellos denominados como *ambientales* (calentamiento global, conservación de recursos naturales, contaminación, extinción de especies, superpoblación) han causado la fragmentación sin fin de movimientos progresistas y la disminución del interés en políticas liberales-democráticas en los Estados Unidos. Lamentablemente, el ambientalismo se equivocó.

La crítica de cómo este *trabajo fronterizo* del movimiento ambiental (sosteniendo las categorías de distinción de la cultura occidental entre naturaleza y sociedad) ha paralizado las políticas de coalición, tiene una historia (Bookchin, 1990; Darnovsky, 1992; Di Chiro, 1992; Schlosberg, 1999), pero esta historia sigue en gran medida, ausente en las tesis de *muerte*⁶ del movimiento. En “El alma de ambientalismo”, un grupo de académicos y activistas enfocados en la justicia ambiental, dan una respuesta de apoyo pero



también crítica al tema de la muerte, donde historizan el problema de fragmentación conceptual y política, discutiendo que “los movimientos de justicia ambiental y sustentabilidad han reestructurado problemas ambientales por más de 20 años, construyendo alianzas transformativas que convencen a la gente de reconocer la inter-conexión entre problemas sociales, económicos, y ambientales” (Gelobter *et al*, 2004: 22). Alegando que el ambientalismo como poesía tiene un alma más profunda y más eterna que esa descrita por sus examinadores, los críticos del “El alma...” sostienen que “la clave para la nueva vida del ambientalismo” no se encuentra en una muerte sacrificada y/o metafórica sino en la ruptura de esa negación y, a su vez, el redescubrimiento de los profundos vínculos existentes entre derechos humanos y justicia social ligados al movimiento, un linaje *encarnado en y cuidado por* los movimientos de la justicia ambiental y la sustentabilidad (Gelobter *et al*, 2004: 6).

De acuerdo con los críticos de la tesis de muerte, veo las contra-historias o ambientalismos desafiantes (Darnovsky, 1992), como el movimiento de justicia ambiental o los muchos desarrollos “solo sustentables” que están ocurriendo en todo el mundo, como potentes ejemplos sobre los tipos de alianzas transfronterizas que ya están replanteando y reformulando los contornos de ambientalismo (Ageyman *et al*, 2003; Bullard, 2005; Shiva, 2005; Stein, 2004; Sumner, 2005). Los replanteamientos que examino son representativos de los costosos resultados del trabajo material, conceptual y mundano que Bernice Johnson Reagon (1983) describe como políticas de coalición: alianzas trans-comunitarias y comunidades de prácticas construidas con el conocimiento de que la supervivencia depende no del retiro hacia la comodidad del hogar (lo que algunos llaman política de la identidad), sino en compromisos mundanales y de mucho trabajo con las realidades de la interdependencia socio-ecológica. Mientras que el análisis de Reagon sobre políticas de coalición puede ser conmovedor (con una reminiscencia profunda de la música y las tradiciones espirituales de los afroamericanos), éste no forma su argumento al prometer la *eternidad*, ya sea de un alma o de una coalición particular o movimiento social. En vez de ser prefigurado sobre un modelo orgánico con una “forma eterna o natural a su configuración” (Clifford,



2001: 478), las coaliciones de Reagon resultan de un ensamblaje estratégico de incómodas pero necesarias prácticas sociales, económicas, ambientales y culturales implementadas por comunidades diferentes, uniéndose en un reconocimiento mutuo del tipo que Reagon refiere en la expresión: “Yo no voy a dejarte vivir a menos que tú me dejes vivir. Ahora existe un riesgo en esto, pero también la posibilidad de que los dos podremos vivir –si tú lo puedes aguantar” (Reagon, 1983: 365).

Las políticas de coalición también tienen que ver con la articulación, las prácticas cargadas de poder, la inter-conexión, creación de alianzas y reflexión conjunta (Agyeman *et al*, 2003). La articulación es producida por diversos actores sociales a través de la participación, en los *conocimientos situados* sobre el mundo y creando nuevas entidades eco-políticas colectivas con la esperanza de “sobrevivir juntos” (Haraway, 1992: 311). Una política de articulación comprende el trabajo fronterizo y los efectos de frontera; es consciente de la posibilidad de que al conectar y recombinar “se puede crear una unidad de dos elementos diferentes bajo ciertas condiciones” (Hall, 1986: 53) pero los elementos/compañeros no son eternos; “nunca están fijados de una vez y para siempre” (Haraway, 1992: 314). Además, las asambleas colectivas emergentes, al estar basadas en una conciencia de coaliciones, siempre son disputadas y ellas mismas crean las prácticas, las relaciones y los entendimientos diferenciados y de oposición. Al argumentar que la política de “articulación es trabajo, y puede que falle”, Haraway insiste que “en un colectivo emergente, el compromiso y la participación, no la invalidación, son las condiciones para unir prácticas que producen conocimiento y que contribuyen a la construcción del mundo” (1992: 315). El difícil trabajo, esencial para la articulación política –la vinculación de diversos movimientos, ideas comunes y conocimientos situados con la esperanza de sobrevivir juntos– constituye la política de coalición que avanza hacia la visión de la justicia ambiental y reproductiva.

El movimiento ambiental hegemónico y el movimiento de mujeres han batallado con la dificultad de desarrollar una política de articulación, mayormente, yo argumentaría, debido a los problemas de los efectos de



frontera, la imposibilidad de llegar a un punto en común sobre un tema que, en última estancia, se ubica en un plano de *nuestros problemas contra los suyos*. ¿Podrá una política de coalición ser sostenida al reestructurarse los puntos comunes? Las mujeres activistas de la justicia ambiental y la justicia reproductiva, cuyo trabajo examino, participan en las políticas de coalición que reestructuran o replantean los problemas de derechos ambientales o reproductivos en términos de necesidades para sostener la vida cotidiana, lo que marxistas y feministas han llamado *reproducción social*. Un análisis de la reproducción social como un problema ambiental nos deja “saltar escalas” (Smith, 1992) para entender el impacto del modo de producción actual – globalización corporativa– en la capacidad de supervivencia de los cuerpos individuales, de ciertas comunidades, culturas nacionales, y de la Tierra misma. La muerte de la vida cotidiana y todo lo que la sostiene se convierte en el enfoque de los análisis intersectoriales, creando dinámicas políticas de coalición que reúne los movimientos sociales comprometidos con los derechos ambientales y los reproductivos.

El significado de la reproducción social

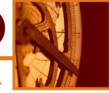
Como varias feministas teóricas han señalado, la economía de reproducción, la supuesta esfera privada de reproducción (o más precisamente, reproducción social), es comúnmente ignorada o trivializada en los análisis políticos, económicos y ambientales sobre los impactos de la globalización y sus políticas neoliberales en todo el mundo (Katz, 2001; Peterson, 2003; Marston, 2004). Hasta los enfoques más críticos de teorización de la economía política global y su participación en las crisis y transformaciones ambientales han buscado describir estos cambios en términos de “poder y producción e implicando primeramente la interacción entre estados y mercados” (Bakker y Gill, 2003: 3). Para muchas feministas activistas, esta estrecha ontología de la sociedad global como estados y mercados pierde las formas en que se reestructuran los procesos sociales y las instituciones asociadas con la creación y el mantenimiento de comunidades y las condiciones sociales,



económicas y ecológicas que sostienen la seguridad humana y la sostenibilidad. Tales procesos, instituciones y condiciones que están asociadas con la salud humana, la educación y el bienestar social (sobre los cuales descansan toda producción, intercambio y acumulación) corresponden al concepto feminista de reproducción social (Bakker y Gill, 2003:18).

La reproducción social es la compleja intersección de los procesos político-económicos, socio-culturales y materiales-ambientales requeridos para mantener la vida cotidiana y sostener las culturas humanas y las comunidades diaria e inter- generacionalmente. Ésta abarca las condiciones habilitantes y des-habilitantes para la “reproducción biológica, la reproducción del poder de trabajo, y las prácticas sociales relacionadas con el cuidado, la socialización y el cumplimiento de las necesidades humanas” (Bakker y Gill, 2003: 4), así como las relaciones sociales de poder en las cuales estas condiciones están arraigadas, reguladas y transformadas. Las condiciones para la reproducción social siempre están en relación dialéctica con la producción, por lo que son consistentemente reestructuradas según los sistemas capitalistas se desplazan hacia nuevas economías políticas creando nuevos regímenes de producción y acumulación (Katz, 2001).

La reciente intensificación de la producción de capital globalizado ha cambiado la cara de la reproducción social y ha hecho que su logro (incluyendo la habilidad de obtener comida decente, agua limpia, vivienda, vestimenta y atención médica) sea difícil, si no imposible, para mucha gente en todo el mundo. Las críticas feministas han señalado que el mantra de la privatización, la flexibilidad y el capital móvil del neoliberalismo ha dañado el compromiso y la responsabilidad de reproducción social del estado capitalista (Brodie, 2003; Katz, 2004; Mitchell *et al*, 2004; Piven, 2004). La reestructuración actual de la reproducción social ha tenido efectos devastadores y ahora está representado por el retiro gubernamental de derechos y protecciones, por las desinversiones públicas en educación, bienestar social, vivienda, seguro de salud y regulación ambiental, y también el alejamiento del compromiso e inversiones empresariales en determinados lugares, fuerzas laborales y comunidades. Las políticas globales de reestructuración económica, el ajuste estructural, la



reforma de bienestar social, los acuerdos de libre comercio, la migración de mano de obra barata, la desregulación ambiental y la privatización de bienes públicos fueron los aspectos más afectados en el ámbito de la reproducción social, pero rara vez son analizados como tales. Como Katz enfatiza, “la reproducción social es la pieza faltante en los debates actuales sobre globalización. Esta es una omisión grave... Los serios y extensos problemas ambientales que son síntoma de las relaciones capitalistas de producción han recibido atención pública, pero generalmente no como problemas de reproducción social” (2001: 701, 714).

La producción capitalista globalizada ha puesto en riesgo la reproducción social para una gran porción del mundo y, al mismo tiempo, ha posibilitado una acumulación de riquezas sin precedentes para unos pocos. Estoy argumentando por la reanimación y reconsideración tanto por parte de los ambientalistas como de las feministas de la dinámica y dialéctica relación entre producción y reproducción social, con la esperanza de generar articulaciones políticas eficaces a través de estos diversos movimientos sociales. ¿Podrán los revitalizados análisis político-ecológicos de la reproducción social ayudar a producir estos vínculos potencialmente productivos? La batalla por la reproducción total, las “cosas carnales, desordenadas e indeterminadas de la vida cotidiana” (Katz, 2001: 711), es el interés común que articula “los selectos rastros de la globalización en terrenos particulares” (2001: 721) atravesando escalas y diversos problemas de justicia ambiental y derechos reproductivos. Estas articulaciones y coaliciones de escalas y problemas se enfocan en el mantenimiento y la sostenibilidad a largo plazo de la vida cotidiana (el logro de la reproducción social) y están emergiendo como la fuerza vital de políticas de coalición progresistas.

Todos los problemas ambientales son problemas reproductivos: ecologías políticas de reproducción social

El surgimiento en los ‘80 y ‘90 de teorías y acciones que avanzan en análisis intersectoriales entre agendas feministas y ambientales marcó un momento



lleno de posibilidades para la articulación política entre estos dos movimientos sociales (Diamond y Orenstein, 1990; Merchant, 1996; Mies y Shiva, 1993; Plant, 1989; Sturgeon, 1997). Bajo la convincente, pero contenciosa, etiqueta de “ecofeminismo”, académicos y activistas establecieron conexiones críticas entre diversos problemas, incluyendo: las injusticias sociales basadas en la raza, el género, la clase y la sexualidad; las interconexiones entre ecología, paz y anti-militarismo; la violencia doméstica y la violación de la naturaleza; el control de los cuerpos de las mujeres y la libertad reproductiva; la contaminación tóxica y la salud de mujeres y niños; las cosmovisiones científicas occidental y judeo-cristiana fundadas sobre el control de la naturaleza; los derechos de los animales y las éticas ambientales; el colonialismo y los derechos de los indígenas; las tradiciones culturales basadas en la tierra y la espiritualidad, y una vida sostenible basada en la comunidad. A pesar de esta aparente abundancia de causas potencialmente solapadas, varias activistas feministas han lamentado lo que ellas ven como desinterés o, más exactamente, ignorancia deliberada, por parte del paradigma ambiental dominante con respecto a cómo los dos movimientos podrían asociarse y unir fuerzas (Krauss, 1994; Seager, 1993, 2006; Silliman y King, 1999). Por ejemplo, la conexión más duradera a problemas de reproducción identificados por el movimiento ambiental ha sido uno que las feministas consideran negativo: el enfoque en la superpoblación y en la disminución del crecimiento de la población mundial mediante la reducción de las insostenibles tasas de fecundidad de las mujeres de países pobres y las mujeres pobres de color en los Estados Unidos (Bandarage, 1997; Hartmann, 1995; Seager y Hartmann, 2005). La utilización de argumentos alarmistas que identifican la fertilidad de las mujeres pobres como la mayor amenaza ecológica al planeta (trasladando convenientemente la culpa de los patrones de consumo y producción en el Norte) ha llevado a la recomendación y, en algunos casos, a la implementación de mecanismos agresivos y coercitivos de control poblacional que restringen los derechos reproductivos de las mujeres y ponen en peligro su salud, así como también al apoyo de las regresivas políticas anti-inmigración que retratan a las mujeres del Tercer Mundo como *sobre-criadoras* que sobrecargan los



recursos del país y amenazan la seguridad nacional (Hartmann y Hedrixson, 2005). Tal preocupación sobre los problemas reproductivos no ha contribuido a una buena alianza entre el ambientalismo hegemónico del Norte y las ambientalistas feministas.

En la misma línea, el *mainstream* del movimiento de mujeres del Norte, particularmente su ala de libertad reproductiva, ha sido lento para reconocer y adoptar intersecciones conceptuales y políticas con argumentos ambientales más amplios (particularmente aquellos propuestos por el movimiento de justicia ambiental) o con las preocupaciones planteadas por las mujeres de color y las mujeres pobres sobre qué significa luchar por y tener acceso a “derechos reproductivos”. En las últimas tres décadas el movimiento por los derechos reproductivos en los Estados Unidos ha ido cambiando de lo que muchas feministas han sostenido que ha sido un movimiento de un solo tema (la batalla de pro-elección por el derecho al aborto) a un movimiento internacional que está comprometido con un conjunto mucho más amplio de temas de justicia social y que define los derechos reproductivos y la elección en términos más amplios. Esta redefinición de los derechos reproductivos, mayoritariamente encabezada por feministas del Tercer Mundo y mujeres de color en los Estados Unidos, reconoce las formas entrelazadas de la opresión que diferentes mujeres enfrentan. Este punto de vista critica el encuadre dominante de la elección situado dentro de la tradición neoliberal que:

“Localiza derechos individuales en su esencia y trata el control del individuo sobre su cuerpo como central a la libertad. Este énfasis en la elección individual, sin embargo, oculta el contexto social en el que los individuos hacen elecciones y desestima las maneras en que el estado regula poblaciones, disciplina cuerpos individuales y ejerce control sobre la sexualidad, el género y la reproducción. ‘Elección’ implica un mercado de opciones en el que el derecho de las mujeres a determinar qué les sucede a sus cuerpos es legalmente protegido, ignorando el hecho de que para las mujeres de color, las restricciones económicas e institucionales a menudo restringen sus ‘elecciones’.” (Silliman *et al*, 2004: 5).

Para las mujeres de comunidades que deben lidiar con altos niveles de desempleo, aumento de la pobreza, poco fiables, inaccesibles o peligrosos anticonceptivos, y salud precaria y bajas tasas de esperanza de vida, la decisión de realizarse un aborto en general no se experimenta como un acto de



libertad reproductiva o de elección. Además, a la luz de la historia de las leyes eugenésicas en los Estados Unidos, las coercitivas políticas pro-natalistas y antinatalistas de control de población, las restricciones de inmigración, los abusos de esterilización y los esfuerzos para regular fertilidad ordenados por el estado (una característica de la reforma de bienestar social actual de los Estados Unidos), la pregunta bajo cuáles condiciones uno puede ejercer el derecho de no tener hijos o el derecho de tener hijos se convierte en algo fundamental. Reproducción, entonces, es:

“No solo una cuestión de elección personal. La política de salud reproductiva... refleja qué personas son valoradas en nuestra sociedad; quién es considerado digno de tener hijos y capaz de tomar decisiones por sí mismo. Las decisiones reproductivas se generan en un contexto social, incluyendo las desigualdades de riqueza y de poder. La libertad reproductiva es una cuestión de justicia social” (Roberts, 2000: 4).

Reafirmando este punto, Loretta Ross, una activista de los derechos de las mujeres, argumenta desde hace tiempo que para mujeres pobres de color, “nuestra habilidad de controlar que le sucede a nuestros cuerpos es constantemente amenazada por la pobreza, el racismo, la degradación ambiental, el sexismo, la homofobia y la injusticia en los Estados Unidos” (Sillman *et al*, 2004: 4). En síntesis, la libertad reproductiva tiene que ver tanto con la reproducción individual como social.

Las políticas intersectoriales de la justicia reproductiva, por lo tanto, han articulado los derechos a la autodeterminación corporal y al derecho de tener opciones seguras de anticoncepción y aborto (el derecho de no tener hijos) con el derecho de tener hijos y poder criarlos, educarlos, mantenerlos saludables y seguros, y de proporcionarles oportunidades para poder vivir una vida significativa y productiva. El movimiento de la justicia reproductiva, por lo tanto, afirma que para que una mujer individual pueda ejercer sus derechos reproductivos y libertad de elección se requiere *atención hacia y la realización* de muchas otras metas sociales, económicas, civiles y ambientales, incluyendo buenos trabajos y seguridad económica; protección contra la violencia doméstica, coerción sexual y esterilización forzada; acceso a los servicios de salud; oportunidades educacionales para las mujeres y buenas escuelas para niños y niñas; vivienda y transporte dignos, y un ambiente limpio y saludable.



Este desafío emergente al discurso dominante de derechos-reproductivos-como-derechos-de-aborto identifica estos problemas sociales, económicos y ambientales también como grandes problemas reproductivos, construyendo de ese modo una política de intersectorialidad, reconociendo las importantes interconexiones entre los derechos individuales y los objetivos más amplios de la justicia social. Este replanteamiento feminista del concepto de justicia reproductiva señala la importancia de la lucha para lograr la reproducción social de las mujeres pobres y las mujeres de color y, además, desarrolla una crítica a su relativa invisibilidad dentro de la conciencia política del movimiento reproductivo de la predominante clase media blanca.

Ni el enfoque de los ambientalistas hegemónicos del Norte de disminuir las tasas de fertilidad de los pobres y de las mujeres del Tercer Mundo, ni el enfoque del movimiento de derechos reproductivos de promover los derechos al aborto para las mujeres de clase media (respondiendo con una oposición indiferente, al borde de la indiferencia, a la erosión federal y estatal en curso en el caso de *Roe vs. Wade* que limita el acceso al aborto a mujeres de bajos ingresos) ha llevado a la creación de coaliciones con movimientos de justicia social y ambiental en los países en desarrollo o con gente de color en los Estados Unidos. Para muchas mujeres del Tercer Mundo y feministas de color, la agenda de control poblacional de los ambientalistas y la agenda demasiado estrecha del movimiento de mujeres en los Estados Unidos sobre el derecho al aborto parecen limitar su propio derecho a tener hijos, a reproducir o a sostener sus comunidades. Estas agendas pueden remitir demasiado a la historia del colonialismo, las políticas anti-inmigración y al genocidio. A la luz de estos obstáculos problemáticos de coalición, ¿podremos identificar alianzas existentes o articulaciones políticas que representen intersecciones más proactivas y productivas entre derechos reproductivos y políticas ambientales?

Sustentabilidad y vida cotidiana: la justicia ambiental como reproducción social



Habiendo enseñado por muchos años en Departamentos de Estudios Ambientales y Estudios de la Mujer, estoy convencida más que nunca por la racionalidad que subyace el argumento de que todos los problemas ambientales son problemas reproductivos; los esfuerzos por proteger la salud e integridad de los sistemas naturales –agua, aire, tierra, biodiversidad– son luchas para mantener los ecosistemas que hacen posible la vida y permiten los procesos de producción y reproducción de los que todas las comunidades (humanas y no humanas) dependen. En otras palabras, las luchas ambientales tienen que ver con pelear por y asegurar la reproducción social. Mientras que las ecofeministas cuestionaron el enfoque del ambientalismo hegemónico por proteger una naturaleza externa y en peligro, y desplazaron el marco a un entendimiento de la ecología como la interconexión entre los seres humanos y la naturaleza, fueron las mujeres (y los hombres) activistas que luchan por la justicia ambiental quienes más convincentemente han demostrado *qué* de la vida (y de la muerte) está en juego y en la raíz de las políticas ambientales.

La historia del movimiento de la justicia ambiental narra la existencia del largo y sostenido desafío a las limitaciones de un movimiento ambiental con un solo foco. Ésta también corrobora los compromisos intersectoriales como eje de puntos de vista epistemológicos y filosofías políticas en el campo del pensamiento de la justicia ambiental.⁷ Aplicando el marco de la justicia ambiental, los críticos han argumentado que el movimiento ambiental hegemónico (como el Sierra Club, la Federación Nacional de la Vida Silvestre, o *Nature Conservancy*) ha hecho conexiones ineficaces entre la supervivencia de los seres humanos y del ambiente. En cambio, ha enfocado su atención en una idea abstracta de naturaleza/ambiente, es decir, separada de los humanos. En otras palabras, se ha preocupado por proteger áreas silvestres inhabitadas o en salvar especies en peligro de extinción. O se ha fijado en el peligro monocausal de la superpoblación, culpando por el deterioro del ambiente global a la tasa de natalidad de las mujeres pobres del Tercer Mundo, en lugar de responsabilizar a las culturas de consumo masivo que producen contaminación y basura en sus propios jardines. Esta separación categórica entre naturaleza y cultura, común en muchos de los discursos ambientales hegemónicos, ha



llevado al reclamo de que al movimiento ambiental “le importa más las ballenas y los búhos que le gente pobre” (Newman, 1994: 42). Para varios activistas de la justicia ambiental de diversas partes del mundo es aparente que para las élites ambientales del Norte, la supervivencia (alias reproducción social) de una especie en peligro de extinción es más importante que la de sus familias y comunidades. Además, como algunos críticos han argumentado, la institucionalización del concepto de sustentabilidad o desarrollo sustentable en los ‘90 (en gran medida adoptado por gobiernos del Norte y ONGs internacionales) parecía que debería haber sido la contraparte del ambientalismo a la idea de la reproducción social. Pero, en su lugar, se pareció más a una campaña global para mantener el desarrollo social y económico (alias reproducción social) en los países ricos y limitarlo en países pobres (Ageyman *et al*, 2003; Conca y Dabelco, 1998; Di Chiro, 2003).⁸

La diversa red internacional de activistas y organizaciones del Movimiento de Justicia Ambiental, en tanto no habla con una sola voz sobre todos los problemas, ha adoptado una idea de los seres humanos y de la naturaleza más relacional y desarrolla lo que algunos han denominado un *ambientalismo de la vida cotidiana* (Peña, 2005: 153). En lugar de ver a la naturaleza como algo exótico que está separado de nuestra vida cotidiana y que podemos visitar durante las vacaciones de verano o estudiar en una clase de biología, los activistas del Movimiento de Justicia Ambiental ubican a la “naturaleza” y el “ambiente” en las geografías de la vida cotidiana: los lugares en los que nosotros “vivimos, trabajamos, jugamos, aprendemos y rezamos”. Esta perspectiva sobre la cotidianeidad de la naturaleza trae los problemas del ambientalismo a casa, para decirlo así; los activistas establecen relaciones entre la salud del cuerpo humano y la salud de los vecindarios en los que vivimos, el agua que tomamos, el aire que respiramos y la comida que comemos. Al hacerlo, los activistas del Movimiento de Justicia Ambiental analizan cómo la combinación o intersección de condiciones económicas, sociales y ambientales específicas pueden inhabilitar o hacer muy difícil para un individuo o comunidad la posibilidad de sobrevivir en el futuro. En los últimos años, relatos históricos y etnográficos de injusticias ambientales han revelado



muchas de estas condiciones inhabilitantes que limitan la sustentabilidad de una comunidad y que son padecidas desproporcionadamente por gente pobre y comunidades de color. Estas condiciones incluyen, por ejemplo, vivir al lado de una instalación de contaminantes que tira químicos tóxicos en el vecindario, trabajar en lugares de peligrosos, habitar viviendas precarias, enseñar y aprender en escuelas insalubres, o que las tierras ancestrales de una tribu sean expropiadas y utilizadas para enterrar los residuos nucleares del país.

Al ensamblar estos diversos problemas, los activistas del Movimiento de Justicia Ambiental –al igual que las activistas organizadas bajo la bandera de la justicia reproductiva– también se han comprometido en una política de intersectorialidad, integrando una variedad de problemas que no se han considerado adecuadamente “ambientales” por el movimiento ambientalista hegemónico. En lugar de concebir al ambiente como algo separado de la gente y las comunidades, los activistas del Movimiento de Justicia Ambiental – quienes son predominantemente mujeres de bajos ingresos y mujeres de color– lo definen como aquellos lugares en los que vivimos nuestras vidas, construimos nuestras comunidades y tenemos una oportunidad de que la tierra sobreviva. *Sustentabilidad*, entonces, se trata de asegurar y permitir las condiciones para lograr la reproducción social; lo cual, en una era de fuerte globalización, para muchas comunidades pobres y marginadas alrededor del mundo se ha convertido en una “especie en peligro”.

En las últimas secciones de este ensayo, discuto varios ejemplos de cómo activistas de la justicia ambiental y la justicia reproductiva están demostrando las intersecciones entre la salud de sus ambientes y la futura salud y supervivencia de sus comunidades en el futuro. Estos ejemplos sugieren el potencial para la emergencia de políticas de articulación y la formación de coaliciones en relación a los efectos localizados de un conjunto común de procesos globales; es decir, análisis políticos sobre como la producción global capitalista amenaza las luchas localizadas para la reproducción social.



Mapeando la reproducción social y la justicia ambiental en comunidades asiáticas isleñas del Pacífico

En respuesta a las amenazas crecientes a la libertad reproductiva y la autodeterminación de las mujeres señaladas por la decisión del Tribunal Superior en 1989 en el caso Webster vs. Los Servicios de Salud Reproductiva,⁹ Feministas Asiáticas y de las Islas Pacíficas (API), en el área de la Bahía de San Francisco, provocaron una nueva ola de activismo por los derechos reproductivos, ampliando la agenda de pro-elección para incluir las preocupaciones específicas de las comunidades API y sus luchas para la reproducción social. Audrey Shoji, co-fundadora de Asiáticos e Isleños del Pacífico por la Elección (APIC), argumentó que:

“Para las comunidades a las que se les ha prohibido inmigrar a este país, poseer tierras, tener matrimonios interraciales; que han sufrido internamiento basado únicamente en su ascendencia, y han sido forzados o coaccionados a métodos anticonceptivos y de esterilización, el acceso a servicios de salud reproductiva es, de hecho, un derecho civil esencial para la autodeterminación y la supervivencia”.¹⁰

La lucha para los derechos reproductivos que hacen posible la reproducción social para las comunidades API necesitaba abordar estas complejidades históricas, económicas y sociales más plenamente. Los miembros de APIC notaron la necesidad de ampliar la misión original de la organización, la cual estaba enfocada en el derecho al aborto y en obtener servicios de salud reproductiva para mujeres API inmigrantes y de bajos ingresos. Manteniendo al mismo tiempo su determinación de traer una perspectiva API al diálogo pro-elección de derechos reproductivos mayoritariamente blanco y de clase media, feministas de la Área de la Bahía también reconocieron la importancia de llegar a organizaciones API más amplias, la mayoría de las cuales tienen preocupaciones que se extienden más allá del aborto. Estas preocupaciones incluyen problemas como el acceso a servicios básicos de salud, las numerosas barreras al acceso basadas en la raza/etnia, el aislamiento lingüístico, las diferencias culturales, la disponibilidad de vivienda y transporte decente, las altas tasas de desempleo y las condiciones de trabajo difíciles, el acceso a buenas escuelas y oportunidades



educacionales, y la prevalencia de la trata de personas apuntando más a mujeres asiáticas inmigrantes. Varios años después de su fundación, la organización cambió su nombre a Comunidades Asiáticas por la Justicia Reproductiva (ACRJ) para reflejar este emergente marco intersectorial (ACRJ, 2005). Como la actual directora ejecutiva de la organización, Eveline Shen, explica:

“Nuestras metas eran abordar la libertad reproductiva dentro de un contexto de justicia social, porque nos dimos cuenta que no podíamos separar los problemas que interconectan con la libertad reproductiva y que son más importantes para las comunidades con las que trabajamos; los cuales incluyen derechos de los inmigrantes, derechos de los trabajadores, derechos *queer*, justicia ambiental, justicia educacional, la violencia contra las mujeres y el empoderamiento de la juventud. Nuestra definición de la libertad reproductiva está conectada a la justicia social y a la construcción de la autodeterminación de individuos y comunidades”.¹¹

Los enfoques de educación popular están en el centro de la estrategia organizacional de ACRJ, la cual se focaliza en investigación basada en la acción y campañas educacionales y políticas identificadas como importantes para la comunidad local. Una de las esas campañas fue desarrollada en 1997 cuando la ACRJ lanzó el proyecto de las Oportunidades de Salud, Resolución de Problemas y Empoderamiento (HOPE) para niñas adolescentes. A través de este proyecto, líderes de HOPE articularon problemas de la libertad reproductiva con un amplio espectro de intereses incluyendo la justicia ambiental, seguridad escolar y la calidad de educación, derechos sociales, seguridad en el trabajo y los derechos de los trabajadores, la salud de la comunidad y calidad de vida.¹² Trabajando en conjunto con trabajadores de la organización de justicia ambiental nacionalmente conocida, la Red Ambiental Asiática y del Pacífico (APEN), los jóvenes activistas de HOPE reconocieron las conexiones integrales entre los problemas de los derechos reproductivos y las campañas de APEN sobre justicia ambiental, apoyando las comunidades API que habitan en East Oakland.

Entre 1998 y 2000, las activistas de HOPE realizaron un “Recorrido de Libertad Reproductiva” en sus vecindarios en East Oakland, destacando sitios o paradas que afectan negativamente o limitan la libertad reproductiva de sus comunidades (HOPE 2001). Inspiradas por el tour tóxico de APEN,¹³ como una



herramienta de educación popular ampliamente adoptada por las organizaciones de la justicia ambiental para mostrar los lugares y experimentar en un nivel visceral las relaciones espaciales de las comunidades de bajos ingresos y negras con instalaciones peligrosas e indeseables.¹⁴ Las activistas de HOPE se dedicaron a investigar y mapear toda la gama de factores estructurales, económicos y ambientales que afectan la salud y la libertad reproductiva de mujeres y niñas para “hacer visible todas las complejas interconexiones relacionadas con la justicia reproductiva y presentes en sus vidas, y para determinar un curso de acción en torno al cual organizarse y tomar medidas para lograr el cambio”.¹⁵

Subidos en varias camionetas, los *turistas* (residentes locales, maestros, líderes comunitarios, representantes de los medios de comunicación y de fundaciones) participaron de una visita guiada por East Oakland, que incluyó paradas en Cal-Works, (la oficina de asistencia social), una fábrica de ropa, la preparatoria de Oakland, un centro correccional, el incinerador de desechos médicos, y varias organizaciones con base en Oakland que atienden diversas necesidades de la comunidad, tales como los Defensores de Mujeres Asiáticas Inmigrantes (AIMA) y los Californianos por la Justicia. Las guías turísticas de HOPE presentaron a los *turistas* información y resultados de su investigación sobre cada uno de estos sitios, así como relatos de primera mano sobre el impacto en sus vidas. Por ejemplo, al detenerse enfrente de una fábrica de ropa de un diseñador popular, una guía de dieciséis años describió las condiciones de trabajo que su madre enfrentaba, incluyendo turnos de doce horas sin descanso, salas de costura atestadas y con poca ventilación, humos tóxicos de los colorantes y productos químicos de limpieza, y trato abusivo por parte de los supervisores varones.¹⁶

Otra parada en la oficina de asistencia social de Cal-Works mostró las elevadas cifras de pobreza de las comunidades inmigrantes API y los efectos del clima antimigración sustentado en la Proposición 187 del gobierno de California; una iniciativa que, a pesar de que fue desestimada, logró atemorizar a muchas de las familias inmigrantes que necesitaban de subsidios del estado



para cuestiones de salud, educación y también la adquisición de vales para comprar comida (*food stamps*).¹⁷

La realidad física del racismo ambiental quedó claramente expuesta cuando la camioneta se acercó al incinerador de desechos médicos comerciales localizado en el distrito de bajos recursos de Fruitvale en East Oakland. Las activistas de HOPE mostraron la claridad de sus análisis intersectoriales y la fuerza de las políticas de coalición al detallar los vínculos entre la contaminación ambiental y la justicia reproductiva (HOPE, 2001).¹⁸ A finales de 1990, la ACRJ se reunió con la Coalición para Comunidades Sanas y la Justicia Ambiental del área de la Bahía de San Francisco para ayudar a cerrar este incinerador de desechos médicos comerciales, el más grande en el estado de California. Violando las regulaciones federales y estatales de calidad del aire, el incinerador emitía compuestos cancerígenos tales como dioxinas y mercurio, subproductos altamente tóxicos de la incineración de residuos sólidos (DeFao, 2001). La exposición a estas sustancias ha sido asociada con riesgos para la salud reproductiva que incluyen cáncer de ovario, cáncer de mama, defectos de nacimiento, irregularidades endócrinas, disminución de la cantidad de espermatozoides, endometriosis e infertilidad (Manchikanti, 2001; Steingraber, 2001, 2007).

Después de años de protestas comunitarias, grandes multas y acciones legales, el incinerador fue vendido a otra empresa de tratamiento de residuos, Stericycle, la cual inmediatamente cerró la instalación en East Oakland (Fischer, 2001). Eveline Shen de ACRJ argumenta que el éxito de la campaña de justicia ambiental dependió de las alianzas que surgieron de la coalición y que fueron fortalecidas por la articulación entre feministas y justicia reproductiva introducidas por ACRJ y activistas de HOPE.

El programa para jóvenes de ACRJ, ahora llamado SAFIRE (Hermanas en Acción para Problemas de Empoderamiento Reproductivo), continúa con el legado establecido por los miembros de HOPE al articular problemas reproductivos y de justicia ambiental en su nueva iniciativa conocida como POLISH (Investigación Participativa, Organización e Iniciativa de Liderazgo para la Seguridad y Salud). Asociado con los Servicios de Salud Asiáticos e



investigadores de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de California en Berkeley, el proyecto de POLISH se enfoca en la exposición de mujeres y niñas a aditivos químicos peligrosos, como el dibutilftalato en productos de belleza y de cuidado personal, tanto en el uso personal como consumidoras como en el rol de trabajadoras en salones de belleza. Comprometidas con una política de coalición que no opone la protección ambiental a la seguridad económica, el proyecto POLISH presenta un enfoque intersectorial basado en la comunidad que conecta salud ambiental, seguridad y preocupaciones de subsistencia de consumidores y trabajadores.¹⁹ Además, al articular problemas de justicia reproductiva y justicia ambiental, la ACRJ ha creado un ejército de jóvenes mujeres API, las cuales se identifican como ambientalistas y se están convirtiendo en líderes de justicia social y ambiental en esta comunidad urbana de California. Shen, la directora de ACRJ, señala la necesidad de generar una política de coalición para contrarrestar la escalada en el asalto de los derechos de las mujeres y del movimiento de salud y derechos reproductivos. Para abordar adecuadamente la variedad de ataques contra la justicia reproductiva – incluyendo la contaminación ambiental– Shen llama *análisis integrado* a “una visión holística, y estrategias comprensivas que van en contra de las condiciones estructurales y sociales que controlan nuestras comunidades al regular nuestros cuerpos, sexualidad y reproducción” (2006: 14).

Justicia climática y ambientalismo en la vida cotidiana: luchas locales/globales para la reproducción social

Otra expresión de un *ambientalismo vivo* se encuentra en las políticas de coalición de una creciente red internacional comprometida con la justicia climática: el objetivo de hacer visible el impacto desproporcionado del calentamiento global en comunidades pobres y marginadas de todo el mundo. El trabajo de activistas de justicia ambiental en la costa del Golfo, en particular, ha estado al frente del movimiento por la justicia climática en los Estados Unidos, creando alianzas diversas, necesarias para entender y entrar en acción en un problema ambiental de esta magnitud. Académicas-activistas como



Beverly Wright, Monique Harden, Margie Eugene-Richard y Juanita Stewart, provenientes de Louisiana, han demostrado claramente cómo las comunidades que viven en el *Callejón del Cáncer* –el corredor industrial de 80 millas que bordea el río Mississippi desde Baton Rouge a New Orleans y alberga más de 130 refinerías de petróleo y plantas petroquímicas– están situadas en el nexo de las complejas intersecciones locales y globales que contribuyen al cambio climático global.²⁰ Estas activistas de la justicia ambiental llaman la atención sobre la política energética de los Estados Unidos basada en combustibles que, por un lado, localiza selectivamente instalaciones petroquímicas peligrosas adyacentes a comunidades de bajos recursos y de color y comunidades pobres en el Tercer Mundo y, por el otro, representa uno de los contribuyentes más importantes al aumento de los niveles de CO₂ atmosférico y al calentamiento global. El calentamiento del planeta afectará gravemente a esas mismas comunidades ya económicamente vulnerables y agobiadas con una salud precaria, inadecuada vivienda, transporte y servicios municipales, y pobre calidad ambiental (Athanasiou y Baer, 2002; Joseph, 2005; Mann 2006; Redefining Progress, 2004). Para las activistas de la justicia ambiental como Wright, Harden, Richard y Stewart, estas conexiones no podrían haber resultado más evidentes que en los acontecimientos que tuvieron lugar en el período posterior del Huracán Katrina, en la costa del Golfo en los Estados Unidos.

Argumentando que la devastación humana y ambiental que el Huracán Katrina dejó a su paso fue solo la más reciente en una larga historia de desastres sociales y ecológicos del sur, Beverly Wright, activista y socióloga de New Orleans, explica:

“New Orleans, al que un día llamamos hogar, es ahora un baldío tóxico. Pero nuestras comunidades fueron contaminadas antes del Huracán Katrina... He comprendido cómo el uso de combustibles fósiles nos golpeó con fuerza, a través de la contaminación del proceso de producción. Pero también hemos sufrido de un efecto ‘boomerang’: el aumento de patrones climáticos extremos causados por el calentamiento global... La situación en New Orleans y en la costa del Golfo ha puesto tres problemas críticos en el contexto nacional. Primero, el Huracán Katrina demuestra dramáticamente nuestra vulnerabilidad a desastres ambientales. Segundo, América todavía padece de brutales desigualdades económicas y estas iniquidades mayormente coinciden con la raza. Tercero, estos dos problemas están conectados y los resultados pueden ser mortales” (2005: 1).



A raíz del resurgimiento del interés público en el calentamiento global, líderes de justicia ambiental han reorientado el debate sobre estos problemas ambientales a escala planetaria: el cambio climático global produce efectos devastadores y localizados, los cuales son soportados más severamente por comunidades pobres y marginadas tanto en Estados Unidos como en el extranjero. Lejos de ser un dominio exclusivo de una elite ambiental que produce desapasionadamente abstractos modelos climáticos e impenetrables protocolos internacionales, el calentamiento global es replanteado por los activistas de la justicia ambiental como una preocupación de base que pone en riesgo la salud de gente, los hogares, los vecindarios y los medios de vida, al tiempo que exacerba las consecuencias de las desinversiones gubernamentales y privadas sobre la reproducción social padecida por millones de personal a nivel mundial. Como miembros de una coalición internacional de grupos de justicia ambiental y social organizando alrededor del concepto de *justicia climática*, estas activistas presentan una política de articulación que conecta los problemas ambientales de escala global con el impacto cotidiano en la vida de gente. Investigaciones de académicos de la justicia climática advierten que el proceso desigual y (anti)natural de selección provocado por el cambio climático afectará la salud y la seguridad humana de diversas formas, lo cual afectará a poblaciones de todo el mundo (Cordova et al, 2006; Harden, 2006; Pastor *et al*, 2006; Roberts y Park, 2007; Seager, 2006).²¹ Por ejemplo, activistas de la Red Ambiental Indígena (IEN) han sido los primeros en observar y documentar en detalle cómo el cambio climático afecta la vida y la capacidad de reproducción social de culturas terrestres y naciones insulares, comunidades cuyas tierras natales y vidas ya están sido transformadas por el calentamiento global.

Los miembros de esta red Indígena e investigadores en ciencias de la tierra del Instituto de la Tierra de la Universidad de Columbia han documentado que los inviernos más cortos, el derretimiento del hielo y el congelamiento en las latitudes norte han resultado en una pérdida de tierras, la destrucción del ecosistema de la tundra y la interrupción de los ciclos reproductivos y migratorios



de plantas y animales. Sarah James, una activista de la justicia climática de la Nación Gwich'in en la Villa Ártica, Alaska, reporta que estos llamativos cambios ambientales están poniendo en peligro la reproducción social de comunidades indígenas cuyos hogares quedan en las regiones árticas y subárticas, al alterarse sus formas de vida y subsistencia basadas en la pesca, la caza y la agricultura, su medicina tradicional altamente dependiente en los ciclos estacionales, y sus prácticas espirituales, críticas para el sostenimiento del futuro de las tribus.²²

Mucho antes de que los diques fallaran en New Orleans, activistas de la justicia ambiental estaban elaborando una política intersectorial, revelando los aspectos políticos, económicos, culturales y ecológicos de la geografía de la reproducción social en el sistema capitalista y global de producción en el que los costos de la reproducción social son sufragados lejos de donde la mayoría de los beneficios se acumulan. Beverly Wright, miembro fundador y actualmente co-directora del centro Justicia Ambiental e Iniciativa de Cambio Climático (EJCC), se reunió con otras activistas de los Estados Unidos y de otros países para colocar el cambio climático en la agenda del movimiento de la justicia ambiental y la justicia ambiental en la agenda del cambio climático. Para difundir las preocupaciones de aquellas poblaciones más propensas a ser afectadas negativamente por el cambio climático, una coalición de activistas americanas y nativo- americanos por la justicia ambiental organizaron en el 2000 un Panel Nacional de Equidad para presentar su opinión sobre el cambio climático en La Haya durante la 6ta Conferencia de las Partes (COP6) en el Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. La justicia climática emergió como el punto de intersección, reuniendo activistas de Sudáfrica, Nicaragua, El Salvador, Colombia, India, Filipinas, California, territorios nativos de Alaska y Louisiana quienes pidieron que los estados miembros adoptaran políticas económicas sustentables y globales que incluyan producción limpia, energía renovable y un desarrollo que no comprometa las vidas y el futuro de la gente, y que detenga las emisiones peligrosas del efecto invernadero que está calentando el planeta y amenazando la vida en la tierra.²³

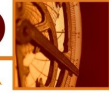


Estimuladas por el consenso internacional originado en torno a la justicia climática, el grupo con sede en los Estados Unidos amplió su base y participó en la redacción de una declaración de consenso sobre la justicia climática en las Naciones Unidas, en su Conferencia Mundial Contra el Racismo del 2001 celebrada en Durban, Sudáfrica, la cual ha sido revisada y ampliada en las juntas COP sobre el Cambio Climático en Marruecos en el 2001 y Bali en el 2007.

Activistas de EJCC también participan en debates a nivel nacional y estatal, incluyendo gestiones con congresistas para que incluyan una propuesta de empleos verdes para todos en la redacción del proyecto de ley de energía del Congreso, y que proporcionen investigaciones y documentaciones de apoyo a la Iniciativa de Acción Climática del estado de California.²⁴ Socios de la coalición de justicia climática trabajaron con la presidenta de la Cámara Nancy Pelosi y la representante Hilda Solis para redactar el Acto de Empleos Verdes del 2007, la cual fue aprobado por la Cámara de Representantes y el Senado, destinando 125 millones de dólares americanos anuales a “hacer más ecológica la fuerza laboral de la nación”, asignando fondos para programas de capacitación laboral e inversiones en tecnologías de energía renovable. Reflejando el éxito inicial de estas iniciativas políticas, la líder de la justicia climática, Van Jones, argumenta que la lucha contra el calentamiento global necesita ser articulada con un compromiso hacia la justicia ambiental. Esto significa abordar el acceso cada vez más reducido a la reproducción social padecido por poblaciones marginadas (tanto humanas como no humanas) de todo el mundo:

“La economía verde tiene el poder de ofrecer nuevos frentes de trabajo, riqueza y salud a gente de pocos recursos, al mismo tiempo que honra a la Tierra. Si se puede hacer esto, se eliminarán un montón de problemas. Podemos hacer lo que es bueno para los niños negros pobres, bueno para los osos polares y bueno para el país” (citado en Friedman, 2007: s/d).

La estrategia central y política-ecológica adoptada por EJCC se enfoca en la educación y en el desarrollo de liderazgo juvenil. El programa juvenil, integrado por el Cuerpo de Justicia Climática y el recién presentado Instituto de Justicia Climática, capacita a jóvenes del país en talleres enfocados en ciencia



climática, política climática doméstica e internacional, teoría de la justicia ambiental, alfabetización mediática y organización comunitaria. Tras la finalización del programa de una semana de duración, los jóvenes regresan a sus comunidades e inician acciones creativas de justicia climática, las cuales incluyen la implementación de edificios ecológicos y programas de energía renovable, la gestión por transporte público, el trabajo con organizaciones locales para aplicar planes que prevengan la contaminación en industrias locales, y pedir por políticas de protección ecológica y para los humedales.²⁵

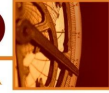
Conclusión

Los miembros de los jóvenes cuerpos de la Justicia Climática están aprendiendo que el truco para crear coaliciones de base amplia para confrontar la *escala mitológica de la cuestión –la visión edénica del ambiente–* está ayudando a la gente a comprender las conexiones directas con sus propias vidas y con futuras generaciones (Gearon, 2006: 15). Este enfoque político-ecológico conecta el cambio climático global con un ambientalismo de la vida cotidiana. Como las coaliciones exitosas logradas por las activistas HOPE en Oakland, éste también posee el poder visionario y la vitalidad para empujar los límites de un ambientalismo moribundo y decontextualizado, y para confrontar las deficiencias de una agenda de derechos reproductivos con solo un tema. La innovadora articulación entre justicia ambiental y justicia reproductiva reúne las preocupaciones que la gente tiene sobre el acceso a la reproducción social de sus familias, el mantenimiento y la sustentabilidad de la vida cotidiana y las crisis ambientales. Estas coaliciones están generando dinámicos y vivos ambientalismos que puedan impulsar a la gente a reunirse y a realizar acciones más fuertes para combatir problemas tan grandes como el calentamiento global.



Referencias bibliográficas

- AGYEMAN, Julian; BULLARD, Robert y EVANS, Bob. (Eds.). (2003). *Just sustainabilities: development in an unequal world*. Cambridge: MIT Press.
- ACRJ. (2005). *A new vision for advancing our movement, asian communities for reproductive justice*. Recuperado de: http://www.reproductivejustice.org/download/ACRJ_A_New_Vision.pdf
- ATHANASIOU, Thom y BAER, Paul. (2002). *Dead heat: global justice and global warming*. New York: Seven Stories Press.
- BAKKER, Isabella y GILL, Stephen. (Eds.). (2003). *Power, production and social reproduction*. London and New York: Macmillan-Palgrave.
- BANDARAGE, Asoka. (1997). *Women, population and global crisis: a political-economic analysis*. London: Zed Books.
- BLAIN, Ludovic; DORSEY, Michael; SETHI, Simran; WEINTRAUB, Max y WILSON, Launa. (2005). "Where's the race?" Recuperado de: <http://www.inthesetimes.com/site/main/article/2281/>
- BOOKCHIN, Murray. (1990). *Remaking society: pathways to a green future*. Boston: South End Press.
- BRADSHER, Keith. (2002). *High and mighty. SUVs: the world's most dangerous vehicles and how they got that way*. New York: Public Affairs.
- BRODIE, Janine. (2003). Globalization, in/security, and the paradoxes of the social. En I. Bakker y S. Gill (Eds.), *Power, Production and Social Reproduction* (pp. 47-65). London and New York: Macmillan-Palgrave.
- BULLARD, Robert. (Ed.). (1994). *Unequal protection: environmental justice and communities of color*. San Francisco: Sierra Club Books.
- BULLARD, Robert. (Ed.). (2005). *The quest for environmental justice: human rights and the politics of pollution*. San Francisco: Sierra Club Books.
- CAMACHO, David. (Ed.). (1998). *Environmental injustices, political struggles: race, class, and the environment*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- CHATTERJEE, Pratap y FINGER, Matthias. (1994). *The earth brokers: power, politics, and world development*. London: Routledge.
- CLIFFORD, James. (2001). "Indigenous articulations". *The Contemporary Pacific*, 13(2), 468-490.



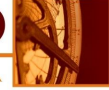
- CONCA, Ken y DABELKO, Geoffrey. (Eds.). (1998). *Green planet blues: environmental politics from Stockholm to Kyoto*. Boulder, Co: Westview Press.
- COLE, Luke y FOSTER, Sheila. (2001). *From the ground up: Environmental racism and the rise of the environmental justice movement*. New York: NYU Press.
- COLKER, Ruth. (1998). *American law in the age of hypercapitalism: the worker, the family, and the state*. New York: New York University Press.
- CORDOVA, Robert; GELOBTER, Michel; HOERNER, Andrew; LOVE, Jennifer R.; MILLER, Ansje; SAENGER, Calanit y ZAIDI, Disha. (2006). *Climate change in California: health, economic, and equity impacts*. Recuperado de: http://rprogress.org/publications/2006/CARB_Full_0306.pdf
- DARNOVSKY, Marcy. (1992). "Stories less told: histories of US environmentalism". *Socialist Review*, 22(4), 11-54.
- DEFAO, Janine. (2001, Marzo 27). "Under an air of suspicion". *San Francisco Chronicle*, p.14.
- DIAMOND, Irene y ORENSTEIN, Gloria. (Eds.). (1990). *Reweaving the world: The emergence of ecofeminism*. San Francisco: Sierra Club Books.
- DI CHIRO, Giovanna. (1992). "Defining Environmental Justice: Women's Voices and Grassroots Politics". *Socialist Review*, 22 (4), 93-130.
- DI CHIRO, Giovanna. (1998). Environmental justice from the grassroots: reflections on history, gender, and expertise. En Daniel Faber (Ed.), *The struggle for ecological democracy: Environmental justice movements in the United States* (pp. 104-136). New York: Guilford.
- DI CHIRO, Giovanna. (2003). Beyond ecoliberal "common futures": environmental justice, toxic touring, and a transcommunal politics of place. En Donald Moore, Jake Kosek y Anand Pandian (Eds.), *Race, nature and the politics of difference* (pp. 204-234). Durham, NC: Duke University Press.
- DI CHIRO, Giovanna. (2000). Bearing witness or taking action?: toxic tourism and environmental justice. En Richard Hofrichter (Ed.), *Reclaiming the environmental debate: the politics of health in a toxic culture* (pp. 275-299). Cambridge, MA: MIT Press.



- ECOLOGIST MAGAZINE. (1993). *Whose common future? Reclaiming the commons*. Philadelphia: New Society Publishers.
- FISCHER, Douglas. (2001, Diciembre 8). "Controversial medical waste incinerator shuts down monday". *Oakland Tribune*, p.5.
- FRIED, Marlene. (Ed.) (1990). *From abortion to reproductive freedom: transforming a movement*. Boston: South End Press.
- FRIEDMAN, Thomas. (2007, Octubre 17). "The green-collar solution". *The New York Times*. Recuperado de: http://www.nytimes.com/2007/10/17/opinion/17friedman.html?_r=2&ref=opinion&oref=slogin&
- GELBTER, Michael; DORSEY, Michael; FIELDS, Leslie; GOLDTOOTH, Tom; MENDIRATTA, Anuja; MOORE, Richard; MORELLO-FROSCH, Rachel; SHEPARD, Peggy M. y TORRES, Gerald. (2004). *The soul of environmentalism: Rediscovering transformational politics in the 21st century*. Recuperado de: <http://rprogress.org/publications/2005/soul.pdf>
- GEARON, Jihan. (2006). "Youth organize for planetary survival". *Race, Poverty and the Environment*, Summer, 15-16.
- GIERYN, Thomas. (1999). *Cultural boundaries of science: credibility on the line*. Chicago: University of Chicago Press.
- GOTTLIEB, Robert. (2001). *Environmentalism unbound: exploring new pathways for change*. Cambridge, MA: MIT Press.
- GOTTLIEB, Robert. (2005). *Forcing the spring: the transformation of the American environmental movement*. Washington: Island Press.
- HALL, Stuart. (1986). "On postmodernism and articulation: an interview with Stuart Hall". *Journal of Communication Inquiry*, 10(2), 35-73.
- HARAWAY, Donna. (1992). The promises of monsters: a regenerative politics for inappropriate/d others. En Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (Eds.), *Cultural Studies* (pp. 295-337). New York: Routledge.
- HARDEN, Monique. (2006). "Katrina hits cancer alley". *Dollars & Sense*, March-April, 34-51.
- HARTMANN, Betsy. (1995). *Reproductive rights and wrongs: the global politics of population control*. Boston: South End Press.



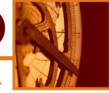
- HARTMANN, Betsy y HENDRIXSON, Anne. (2005). Pernicious peasants and angry young men: the strategic demography of threats. En Betsy Hartmann, Banu Subramaniam y Charles Zerner (Eds.), *Making Threats: Biofears and Environmental Anxieties* (pp. 217-236). Lanham, Md: Rowman & Littlefield.
- HAWKEN, Paul. (2007). *Blessed unrest: how the largest movement in the world came into being and why no one saw it coming*. New York and London: Viking Press.
- HOFRIECHTER, Richard. (Ed.). (2002). *Toxic struggles: the theory and practice of environmental justice*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- HOPE for Girls/ACRJ. (2001). *A reproductive freedom tour of Oakland*. Oakland, California: Asian Communities for Reproductive Justice.
- JASANOFF, Sheila. (2005). *Designs on nature: science and democracy in Europe and the United States*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- JOSEPH, Pat. (2005). "Race and poverty are out of the closet: Interview with Robert Bullard". *Sierra Magazine*. Recuperado de: <http://www.sierraclub.org/sierra/200511/interview.asp>
- KATZ, Cindi. (2004). *Growing up global: economic restructuring and children's everyday lives*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- KATZ, Cindi. (2001). *Vagabond capitalism and the necessity of social reproduction*. Malden, MA: Blackwell.
- KRAUSS, Celene. (1994). Women of color on the frontline. En Robert Bullard (Ed.), *Unequal protection: Environmental justice and communities of color* (pp. 256-271). San Francisco: Sierra Club Books.
- MANCHIKANTI, Anu. (2001, Agosto 21). "Environmentalists work to phase out incinerators, stop release of pollutants". *San Jose Mercury News*, pp. 3-4.
- MANN, Eric. (2006). "Climate justice for black New Orleans". *Race, Poverty and the Environment*, Summer, 18-20.
- MARSTON, Sallie. (2004). A long way from home: Domesticating the social production of scale. En Eric Sheppard y Robert B. McMaster (Eds.), *Scale and geographic inquiry: Nature, society, and method* (pp.170-191). Malden, MA: Blackwell.



- MERCHANT, Carolyn. (1996). *Earthcare: Women and the environment*. New York: Routledge.
- MIES, Maria y SHIVA, Vandana. (1993). *Ecofeminism*. New Delhi: Kali for Women.
- MITCHELL, Katharyne; MARSTON, Sallie y KATZ, Cindi (Eds.). (2004). *Life's work: the geography of social reproduction*. Malden, MA: Blackwell.
- NEWMAN, Penny. (1994). Killing legally with toxic waste: women and the environment in the United States. En Vandana Shiva (Ed.), *Close to home: women reconnect ecology, health and development worldwide* (pp. 43-59). Philadelphia: New Society Publishers.
- NORDHAUS, Ted y SHELLENBERGER, Michael. (2007). *Break through: from the death of environmentalism to the politics of possibility*. Boston: Houghton Mifflin.
- PASTOR, Manuel; BULLARD, Robert; BOYCE, James; FOTHERGILL, Alice; MORELLO-FROSCH, Rachel y WRIGHT, Beverly. (2006). *In the wake of the storm: Environment, disaster, and race after Katrina*. New York: Russell Sage Foundation.
- PELLOW, David y BRULLE, Robert. (Eds.). (2006). *Power, justice and the environment*. Cambridge, Ma: MIT Press.
- PEÑA, Devon. (2005). *Mexican Americans and the environment: tierra y vida*. Tucson: University of Arizona Press.
- PETERSON, Spike. (2003). *A critical rewriting of global political economy: integrating reproductive, productive, and virtual economies*. London: Routledge.
- PIVEN, Frances. (2004). *The war at home: the domestic cost of Bush's militarism*. New York: The New Press.
- PLANT, Judith. (Ed.). (1989). *Healing the wounds: the promise of ecofeminism*. Philadelphia: New Society Press.
- REAGON, Bernice. (1983). Coalition Politics: Turning the Century. En B. Smith (Ed.), *Home girls: A black feminist anthology* (pp.356-368). New York: Kitchen Table Press.
- REDEFINING PROGRESS. (2004). *African Americans and climate change: An unequal burden*. Oakland, California: Autor.



- ROBERTS, Dorothy. (2000). Race, reproduction, and the meaning of liberty: Building a social justice vision of reproductive freedom. Othmer Institute, Abril 18 (paper).
- ROBERTS, Timmons y PARKS, Bradley. (2007). *A climate of injustice*. Cambridge, MA: MIT Press.
- SCHLOSBERG, David. (1999). *Environmental justice and the new pluralism: The challenge of difference for environmentalism*. Oxford: Oxford University Press.
- SEAGER, Joni. (2006). "Noticing gender (or not) in disasters". *Geoforum*, 37(1), 2-3.
- SEAGER, Joni. (1993). *Earth follies: coming to feminist terms with the global environmental crisis*. New York: Routledge.
- SEAGER, Joni y HARTMANN, Betsy. (2005). *Mainstreaming gender in environmental assessment and early warning*. New York: United Nations Publications.
- SHEN, Evelin. (2006, Enero 24). "Reproductive justice: toward a comprehensive movement". *Mother Jones*. Recuperado de: www.motherjones.com/commentary/columns/2006/01/reproductive_justice.html
- SHIVA, Vandana. (2005). *Earth democracy*. Cambridge, MA: South End Press.
- SILLIMAN, Jael y KING, Ynestra. (Eds.). (1999). *Dangerous intersections: Feminist perspectives on population, environment, and development*. Cambridge, MA: South End Press.
- SILLIMAN, Jael; GERBER FRIED, Marlene; ROSS, Loretta y GUTIERREZ, Elena R. (2004). *Undivided rights: women of color organize for reproductive justice*. Boston: South End Press.
- SMITH, Neil. (1992). "Contours of a spatialized politics: Homeless vehicles and the production of geographic scale". *Social Text*, 33, 54-81.
- SOLINGER, Rickie (Ed.). (1998). *Abortion wars: A half century of struggle, 1950-2000*. Berkeley: University of California Press.
- SOLINGER, Rickie. (2005). *Pregnancy and power: A short history of reproductive politics in America*. New York: NYU Press.



- SPETH, James. (Ed.). (2003). *Worlds apart: Globalization and the environment*. Washington DC: Island Press.
- STEIN, Rachel. (Ed.). (2004). *New perspectives on environmental justice: Gender, sexuality, and activism*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- STEINGRABER, Sandra. (2001). *Having faith: An ecologist's journey to motherhood*. Cambridge: Perseus Publishing.
- STEINGRABER, Sandra. (2007). *The falling age of puberty in U.S. girls: what we know, what we need to know*. San Francisco: The Breast Cancer Fund.
- STURGEON, Noel. (1997). *Ecofeminist natures: race, gender, feminist theory, and political action*. New York: Routledge.
- SUMNER, Jennifer. (2005). *Sustainability and the civil commons: Rural communities in the age of globalization*. Toronto: University of Toronto Press.
- WEDO. (2005). *Beijing Betrayed*. Recuperado de: <http://www.wedo.org/themes/global-governance/beijing-betrayed-2005>
- WORLD HEALTH ORGANIZATION. (2005). *Climate and health. Fact sheet*. Recuperado de: <http://www.who.int/globalchange/news/fsclimandhealth/en/index.html>
- WRIGHT, Beverly. (2005, Octubre 12). "Katrina Reveals Environmental Racism's Deadly Force". *San Francisco Bay View*.

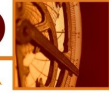
Notas

¹ Una versión anterior de este artículo fue publicada en idioma inglés: Di Chiro, Giovanna (2008). "Living environmentalisms: coalition politics, social reproduction, and environmental justice". *Environmental Politics*, 17 (2), 276-298. La presente traducción estuvo a cargo de Mayra Tenorio con la revisión técnica de Mauricio Berger.

² El ensayo "La muerte del ambientalismo: políticas del calentamiento global en un mundo post-ambientalista" de Michael Shellenberger y Ted Nordhaus, argumenta no sólo que el movimiento ambientalista hegemónico está muerto, moribundo, sino que éste debería aceptar que su marco conceptual central –que el ambiente necesita ser salvado– debe morir para que algo nuevo pueda vivir. Disponible en: http://www.3nov.com/images/report_doe_final.pdf. En el libro, la crítica al ambientalismo se expande y subraya las propuestas orientadas al mercado para la reducción del calentamiento global a través de inversiones de empresas y gobiernos para generar energías limpias y empleos no contaminantes (Nordhaus y Shellenberger, 2007).

³ Para acceder a la Biblioteca de Informes de Evaluación de los Ecosistemas del Milenio visitar la página: <http://www.millenniumassessment.org/es/Global.html>

⁴ Para ver las evaluaciones y conclusiones realizadas en Beijing+ 10 por la Asamblea General de las Naciones Unidas y la división especial para el Adelanto de la Mujer visitar la página: <http://www.un.org/spanish/events/beijing10/pages/index.htm>. También se puede consultar el informe *Women's Environment and Development Organization* (WEDO, 2005).



⁵ Marlene Gerber Fried, "What if Roe Falls?", 20^o Conferencia Anual sobre Libertad Reproductiva, Hampshire College, Amherst, Massachusetts, 2006.

⁶ Aunque no sea discutido en este artículo, el economista ambiental Paul Hawken también parece haber sido afectado con una amnesia similar respecto de la historia de los movimientos de base que han hecho conexiones críticas entre asuntos de justicia ambiental y social. En su libro *Blessed Unrest*, Hawken observa que el movimiento ambiental está en proceso de fundirse con el movimiento paralelo de la justicia social y reuniéndose con movimientos indígenas (Hawken, 2007).

⁷ La historia y análisis del movimiento de justicia ambiental y su sustento teórico y político se puede encontrar en los trabajos de Bullard (1994, 2005); Camacho (1998); Cole and Foster (2001); Di Chiro (1998); Gottlieb (2005); Hofrichter (2002); Pellow and Brulle (2006); Schlosberg (1999).

⁸ La respuesta a las críticas de los tempranos enmarcamientos de la sustentabilidad referidos a la protección de *nuestro* futuro común –ahora que los ecosistemas mundiales están mostrando signos de ruptura luego de cientos de años de explotación al servicio del progreso y la modernización de Occidente, al tiempo que los países del Sur Global están reclamando su porción de la torta del desarrollo– ha resultado en el énfasis del término "equidad", por ejemplo, en el discurso de las Naciones Unidas, como un ingrediente necesario de lo que debería constituir un desarrollo sustentable (Chatterjee y Finger, 1994; Ecologist Magazine, 1993). El lenguaje de la sustentabilidad ha sido desde entonces apropiado, reclamado y modificado para reflejar diferentes aproximaciones y compromisos para balancear la seguridad económica, derechos humanos e integridad ecológica (Agyeman *et al*, 2003).

⁹ En el caso *Webster vs. Reproductive Health Services*, 109 S. Ct. 3040, 3077-3079 (1989), la Corte Suprema sostuvo el derecho de los estados a restringir o prohibir el aborto si se determina que el aborto no es necesario para salvar la vida de la mujer. *Webster* también permite que los estados dirijan los asesoramientos sobre la viabilidad fetal en mujeres, buscando abortos que se calcula pueden tener al menos veinte semanas de embarazo, y garantiza al estado la autoridad para prohibir un aborto si el feto se considera viable (Fried, 1990). Desde *Webster*, otras decisiones de la corte y enmiendas legislativas han erosionado aún más los derechos constitucionales garantizados en *Roe vs. Wade* afectando a gran escala a las mujeres pobres y de bajos ingresos (con la ilegalización de los fondos federales para los proveedores de abortos) y a las mujeres jóvenes menores de 18 años (con restricciones de notificación de los padres) (Solinger, 1998, 2005).

¹⁰ Fallo del Tribunal Superior sobre el caso *Webster v. Reproductive Health Services*, 109 S. Ct. 3040, 3077-3079 (1989: 176-177).

¹¹ Entrevista de la autora a Eveline Shen, *Asian Communities for Reproductive Justice* (ACRJ), Oakland, CA, Octubre 2005.

¹² Entrevista de la autora a Eveline Shen, ACRJ, Octubre 2005.

¹³ Entrevista de la autora a Amber Chan, *Asian Pacific Islander Environmental Network* (APEN), Oakland, California, Octubre, 2005.

¹⁴ Ver Di Chiro (2000) para un análisis del uso del tour tóxico por parte del movimiento de justicia ambiental en su organización política

¹⁵ Entrevista de la autora a Aparna Shah, ACRJ, Oakland, CA, Octubre 2005.

¹⁶ Entrevista de la autora a Eveline Shen, ACRJ, Octubre, 2005.

¹⁷ Entrevista de la autora a Mari Rose Taruc, APEN, Oakland, California, Octubre 2005.

¹⁸ Entrevista de la autora a Eveline Shen, Octubre 2005 y Aparna Shah, ACRJ, Octubre 2005.

¹⁹ Entrevista de la autora a Aparna Shah y Dana Ginn Paredes, ACRJ, Octubre 2005.

²⁰ Beverly Wright, Directora del *Deep South Center for Environmental Justice* y Profesora de Sociología en la Universidad Dillard (New Orleans), Monique Harden, Co-directora de Abogados para los Derechos Humanos Ambientales (New Orleans), Margie Eugene-Richard, ex Presidenta de *Concerns Citizens of Norco* (Norco, LA), Juanita Stewart, Presidenta de la asociación ambiental *North Baton Rouge* (Alsen, LA).



²¹ Ver el informe de la Organización Mundial de la Salud (World Health Organization, 2005) y el sitio sobre calentamiento global de la Agencia Ambiental de Estados Unidos (EPA): <http://yosemite.epa.gov/OAR/globalwarming.nsf/content/index.html>

²² Ver la campaña Justicia Climática de la Red Ambiental Indígena, disponible en: http://www.ienearth.org/climate_campaign.html y el *Center for International Earth Science Information Network* en el *Earth Institute* de la Universidad de Columbia. Disponible en: <http://www.ciesin.org/>

²³ Entrevista de la autora con Ansje Miller, ex Directora del Programa para la Justicia Ambiental y Climática y la Iniciativa para el Cambio Climático (EJCC), Oakland, California, julio 2006.

²⁴ Para mayor información sobre *California's Climate Action Initiative* ver: http://www.climatechange.ca.gov/climate_action_team/. También véase Cordova *et al* (2006). Información sobre la iniciativa "verde para todos" lanzada por los miembros de la Coalición por la Justicia Climática puede encontrarse en: <http://www.greenforall.org/>.

²⁵ Entrevista de la autora con Ansje Miller, EJCC, Julio 2006.

Fecha de recepción: 24 de septiembre de 2013. Fecha de aceptación: 4 de noviembre de 2013.